



ra. A consecuencia de la batalla de Jena, en que el ejército prusiano fué derrotado, todos sus estados fueron invadidos por los franceses, y para no perder su existencia política tuvo que sacrificar el gran estado de Varsovia y hasta su libertad, pues se vió precisado Federico Guillermo á sufrir la influencia de la Francia y á seguirla en la guerra de Rusia. Mas una vez derrotado el ejército francés, se unió con los aliados, contribuyendo á la caída primera de Bonaparte, y luego á la segunda despues de la batalla de Waterloo. Por el Congreso de Viena recibió la Prusia, como indemnizacion de los territorios cedidos en la paz de Tilsitz, una parte de la Polonia, la mitad del reino de Sajonia, el suprimido gran ducado de Berg y los países del bajo y medio Rhin. Finalizada la guerra, el rey de Prusia se dedicó á poner en orden las cosas del reino, á conservar la paz y á hacer florecer todos los ramos, al tenor de la política represiva de Metternich. Con este motivo se dividió la Prusia en dos partidos: el aristocrático y el liberal.

Le sucedió Federico Guillermo IV. Se inauguró este reinado algo en oposicion con el anterior y en lucha con el imperio de Austria, con tendencias liberales y con ofertas de una Constitucion representativa, que, ó por no ser estas ofertas sinceras, ó por otras causas, no se otorgó hasta el movimiento de 1848. Esta revolucion produjo allí, como en todos los estados alemanes, serios disturbios, que el rey apaciguó á mano armada. Pacificada la Prusia, el rey dió la Constitucion, que fué bien recibida, y aún se conserva. Pero que, por no observarse bien, ó no ser ya bastante, hay al presente una lucha seria entre el rey y las Cámaras.

La Suiza es la primera confederacion republicana de Europa, pero sus Estados no tienen todos la misma forma republicana ni la misma religion, pues unos son aristocráticos, otros democráticos, unos católicos y otros protestantes, por cuya razon las revoluciones de 1789 y de 1748 se sintieron allí bastante. Por el Congreso de Viena, la Suiza aumentó su territorio con los cantones del Valais, Ginebra y Neufchatel, bajo la proteccion del rey de Prusia, y fué reconocida su Constitucion federal, dejando la re-

forma á la Dieta suiza, compuesta de diputados de los veintidos cantones. Desde entonces hasta ahora la historia de Suiza se resume en un solo hecho: en las luchas políticas y religiosas entre el partido radical y el conservador.

Los siete cantones católicos, Lucerna, Huri, Under-Walden, Zug, Friburgo y el Valais, forman el Sunderbund (ó alianza separada), y estalla la guerra de este nombre en 1846. El año siguiente la Dieta federal vota la disolucion del Sunderbund y la expulsion de los jesuitas, lo que se lleva á efecto por 50.000 hombres, mandados por el general Dufoure de Ginebra. La revolucion de Febrero influye en sentido de cambiarse la Constitucion federal, y con motivo de refugiarse allí todos los emigrados republicanos de Francia, Italia y Alemania, y de conspirar contra esos gobiernos, se ve amenazada la Confederacion de ser ocupada militarmente por la Prusia y el Austria. El último suceso notable ha sido el de la sublevacion realista de Neufchatel á favor de la Prusia, y el arreglo de esa cuestion por la mediacion del emperador de los franceses. Hoy, despues de tantas luchas, puede decirse que se ha fijado su Constitucion política.

Jorge III reinaba en Inglaterra cuando estalló la revolucion francesa. Desde la primera coalicion hasta la batalla de Waterloo, la Inglaterra fué constantemente el alma de la guerra contra la Francia y contra Napoleon, derrotando en muchos combates navales las flotas española, holandesa y francesa. Su general más distinguido fué Arturo Wellesley, duque de Wellington. Y no obstante el bloqueo continental rigoroso que Napoleon estableció para destruir su comercio, salió tan victorioso y triunfante, que nadie le ha disputado desde entonces el imperio de los mares. Durante esas guerras hizo del Canadá una colonia floreciente, fundó muy buenos establecimientos en el Africa Occidental y Meridional, afirmó su dominacion en la India, y hasta atrevidos navegantes descubrieron islas remotas, que la indemnizaron en parte de la pérdida de los Estados Unidos.

En el interior, por muerte de Jorge III, sube al trono Jorge IV. El hecho más importan-



te de su reinado fué la union legislativa y política de la Irlanda á la Inglaterra, ó sea su emancipacion, y en virtud de la que el célebre O-Connell pudo sentarse en el Parlamento inglés. Le sucedió su hermano Guillermo IV, y á este la reina Victoria, que actualmente reina. Nada ha influido el advenimiento de esos príncipes sobre el sistema político de la nacion inglesa. En los reinados de Jorge I, II y III se consolida de tal suerte la Constitucion inglesa, adquiere tanta fuerza y tanta unanimidad la opinion pública acerca de ella, y las costumbres y las instituciones valen tanto sobre las personas, que ni la córte ni el carácter particular de los reyes influyen nunca de una manera peligrosa en la Constitucion de ese pueblo, ni los sacudimientos políticos, que han conmovido más ó ménos durante lo que va de siglo á los demás estados de Europa, han producido allí el más ligero desórden.

En 1776 se declaran independientes las trece colonias inglesas de la América. A esta declaracion se sigue una guerra con Inglaterra, ayudando á los americanos la España, y la Francia sobre todo, donde se recibe esa noticia con un entusiasmo indefinible. El marqués de Lafayette va en su auxilio con un ejército de voluntarios. Por el tratado de Paris, la Inglaterra reconoce la independencia de sus colonias. En 1789 las trece colonias reconocen una Constitucion, en la que el poder legislativo reside en un Senado y el ejecutivo en un presidente elegido cada cuatro años, reelegible y responsable. Las trece colonias forman, pues, una Confederacion, que se llama de los Estados-Unidos, y nombran por primer presidente á Jorge Washington. Hoy se compone la Union de treinta y un estados.

Los tratados de Utrecht y de Bastadt dan el reino de Nápoles al Austria y el de Sicilia al duque de Saboya, hecho rey por esos mismos tratados. El nuevo rey cede la Sicilia al Austria, y toma en su lugar la Cerdeña. A consecuencia de la muerte de Federico Augusto I, rey de Polonia, y por la sucesion á ese mismo trono, sobrevino una guerra entre Francia y España de un lado, y el emperador de Alemania de otro. En esa guerra fué conquis-

tado el reino de Nápoles y Sicilia por los españoles, y reconocidas esas conquistas por parte de Viena, el reino de las Dos-Sicilias recayó en los Borbones de España, siendo su primer rey D. Carlos, luego tercero de España. Le sucedió Fernando III.

Sobreviene despues la revolucion francesa. Napoleon conquista la Italia, el reino de Nápoles se convierte en república Partenopea y al rey Fernando se le da la Sicilia. Los franceses son arrojados de Italia por el general ruso Suvorou, mas á la vuelta de Egipto vuelve Napoleon á conquistar la Italia y da el reino de Nápoles á su hermano José, y despues á su cuñado Joaquin Murat, que le conservó hasta la caída de Napoleon. El Congreso de Viena repone á los Borbones en Italia, y Fernando IV, rey de las Dos-Sicilias, toma el nombre de Fernando I. Le sigue Francisco I. En 1830 sube al trono Fernando II. Los reyes de las Dos-Sicilias se negaron siempre á dar instituciones liberales á sus pueblos, por lo que han tenido que reprimir diferentes veces movimientos populares en ese sentido, en especial la tentativa de 1820, que reprimió el Austria por acuerdo del Congreso de Leybach, derrotando al ejército del general Pepé en los Abruzzos, reinando constantemente en esos estados cierta agitacion, que no deja gozar por completo los beneficios que son consiguientes á un gobierno que no ha dejado de mostrarse activo y deseoso del bien. Hoy, despues de la revolucion y traidora conquista que hizo de él Garibaldi, á consecuencia de la última guerra de Italia de 1859, pertenece á Víctor Manuel como rey de Italia.

En Cerdeña Víctor Amadeo II, duque de Saboya y príncipe del Piamonte, es elevado á la dignidad de rey por el tratado de Utrecht. Primero reina también en Sicilia, mas luego adquiere la Cerdeña por cesion de la Sicilia al emperador de Alemania. Abdica en Carlos Manuel III, sucediéndole Víctor Amadeo III, en cuyo reinado principia la revolucion francesa. Conquistada la Italia por Napoleon, es despojado de todos sus estados ménos del de Cerdeña, donde reina hasta su muerte. Le sigue su hermano Víctor Manuel, restablecido en todos sus Estados, con más la posesion de Génova, por





el Congreso de Viena. Por no someterse al régimen liberal proclamado revolucionariamente, así como en Nápoles, Sicilia y España, abdica en su hermano Carlos Félix. Mediante la intervención de un ejército austriaco, fué restablecido en toda su autoridad y calmada la revolución. Muerto sin hijos, le sucedió Carlos Alberto, príncipe de Carignan.

Exaltados los ánimos con la revolución del año 1848, y creyendo los italianos que era llegado el caso de constituirse en una sola monarquía ó república, y sobre todo de librarse de la dominación austriaca, los del reino Lombardo-Veneto eligieron á Carlos Alberto por jefe de una Confederación italiana, no siendo esta sino la reproducción de tantas otras como se formaron en la Edad Media contra los emperadores de Alemania. Los primeros triunfos de la guerra que estalló con este motivo, fueron favorables á los italianos; pero la batalla desgraciadísima de Novara, ganada por el general austriaco, el viejo pero valiente Radetzky, desbarató todos esos planes, y causó tan profundo dolor en el noble y generoso Carlos Alberto, que en el mismo campo de batalla abdicó en su hijo Víctor Manuel II y se desterró de su patria, muriendo en Oporto.

Su hijo, que reina en la actualidad, ha conservado el régimen constitucional, desenvolviendo entre hipocresías y traiciones todas las reformas que en religión y en política son consiguientes á esos gobiernos. En el último período de la guerra de Crimea tomó parte contra la Rusia, y luego intervino por medio de Cavour en las conferencias de París para la paz. Hoy, después de la guerra con el Austria, de las batallas de Magenta y de Solferino, de la paz de Villafranca y de Zurich, y del malladado influjo de Napoleón III, se ha formado el reino de Italia, cuyos futuros destinos son la clave de los destinos del mundo.

En Roma era pontífice el virtuoso Pio VI al comenzar la revolución francesa. Ocupando los franceses la Italia y haciendo en Roma una república, el Santo Padre fué desterrado, y murió preso en Valencia del Delfinado. Fué nombrado Pio VII, y en virtud del concordato celebrado con Napoleón siendo cónsul, fué resta-

blecido en su silla. Mas luego, en 1809, fué despojado otra vez de sus Estados y reducido á vivir de una pensión fuera de Roma, en Fontainebleau. Vuelto á Roma, otra vez tuvo que dejarla y refugiarse en Génova, por haber Murat, rey de Nápoles, invadido los Estados romanos. Vuelto definitivamente á Roma, restablecido en todos sus Estados y en la plenitud de su autoridad temporal por el Congreso de Viena, se dedicó á remediar tantos males como afligían á la Iglesia después de la revolución. Continuaron en esa laudable empresa los pontífices Leon XII, Pio VIII y Gregorio XVI.

El advenimiento al pontificado del bondadoso Pio IX se señaló por una amnistía muy amplia. El entusiasmo de los romanos y en todas partes llegó á su colmo. Mas sobrevino la revolución de Febrero, no como consecuencia de las reformas políticas de Pio IX, sino independientemente de ellas, y entonces, mal aconsejados los romanos, poco respetuosos y hasta ingratos con el pontífice, que se había manifestado *motu proprio* un verdadero padre de la cristiandad, le quisieron obligar á declarar la guerra á Austria. De resultas sobrevino una revolución, en que el conde Rossi, primer ministro, fué asesinado; el papa huyó á Gaeta, y se proclamó la república.

Las potencias católicas, España, Nápoles, Austria y Francia, envían fuerzas y se ponen de acuerdo para restablecer á Pio IX en Roma; lo hacen con eficacia y desprendimiento, derrotando el general francés Oudinot á Garibaldi, el tipo aventurero de la demagogia, apoderándose de Roma después de una tenaz resistencia. Pio IX vuelve á establecerse en el Vaticano, dedicándose con caridad y con prudencia á restablecer el orden en todo. Roma ha perdido sus Estados, que forman hoy de hecho el desventurado reino de Italia.

Cien mil hombres sitian á París en Marzo de 1814. El 31 de ese mes los aliados entran en París, destituyen á Napoleón I, sin admitirle la abdicación que hace en su hijo; le dan en soberanía la isla de Elba, y llaman á ocupar el trono de Francia á Luis XVIII, hermano de Luis XVI. La paz parecía ya asegurada en Europa, cuando de pronto Napoleón desembarca



en Francia con un puñado de hombres, que se aumentan extraordinariamente á medida que atraviesa la Francia, y entra sin tropiezo en París el 1.º de Marzo de 1815. Las potencias aliadas le declaran la guerra; él, saliéndoles al encuentro, gana la sangrienta batalla de Lygni; pero pierde por completo la de Waterloo, pueblecito á dos leguas de Bruselas, y habiéndole hecho abdicar los aliados pura y simplemente, fué desterrado á la isla de Santa Elena, en el Atlántico, y guardado por los ingleses como prisionero, donde murió. Esta segunda venida de Napoleón se conoce en la historia con el nombre de *Gobierno de los cien días*. Luis XVIII al volver á Francia otorgó una carta constitucional como garantía de los derechos políticos y muestra de sus buenas intenciones. Sin embargo, el asesinato del duque de Berry y la revolución de España de 1820, sofocada por 100.000 franceses al mando del duque de Angulema, hacen que el rey cierre un poco la mano á las concesiones en el orden político. En tal situación, muere Luis XVIII, sucediéndole su hermano Carlos X.

En el exterior, dos hechos señalan el gobierno del nuevo rey. La expedición, en unión con Inglaterra y Rusia, contra la escuadra turco-egipcia, y la derrota de esta en la batalla de Navarino; y la expedición á la Argelia, que llega y desembarca felizmente. No fué Carlos X un rey afortunado. Adoptó el sistema de resistencia, y en la nación y en las Cámaras se levantó una oposición violenta al ministerio Polignac. Este, en vez de conceder, niega, y toma cada día medidas más represivas, hasta que, por último, en Julio de 1830, estalla de nuevo la revolución, y en tres días desaparecen los Borbones y ocupa el trono la rama de Orleans, en Luis Felipe I, por nombramiento de la Cámara de los diputados.

La Holanda, desde 1579 en que las siete provincias unidas se separaron de España y formaron una república federativa, fué gobernada por *sthatouers* electivos hasta 1747, y hereditarios desde entonces. Durante la revolución francesa fué república Bátava, luego reino, y después formó parte del imperio francés; mas el año 1814 se constituyó ese país en rei-

no juntamente con la Bélgica, bajo Guillermo I. Como consecuencia de la revolución de Julio en Francia, la Bélgica se hace independiente de la Holanda, y da el trono á Leopoldo I de Sajonia Coburgo, que al presente reina con suma aceptación, habiendo jurado una Constitución con las libertades de cultos, de imprenta y de enseñanza.

Durante el reinado de Luis Felipe, la Francia en el interior adquiere un grado de cultura y de prosperidad material adonde nunca había llegado; en el exterior es reconocida su dinastía y el nuevo orden de cosas, y ensancha y asegura las conquistas en la Argelia, siendo vencido y hecho prisionero el valiente Abdel-Kader. Nada de esto valió á Luis Felipe, ni contuvo á las oposiciones que se habían formado contra su gobierno por negarse á ensanchar las libertades constitucionales. El 24 de Febrero de 1848 se insurrecciona el pueblo de París, y Luis Felipe, que no quiere hacer uso de la fuerza, huye con toda su familia. Se establece la república y un gobierno provisional, de que es el alma Lamartine; el 4 de Mayo se reúne la Asamblea nacional constituyente; el 23 de Junio es vencido el socialismo en las calles de París, y nombrado el general Cavaignac presidente del gobierno provisional. En Noviembre se promulgó la Constitución que confiere el gobierno de la república á un presidente por cuatro años. Luis Napoleón Bonaparte es nombrado presidente. A la Asamblea constituyente reemplaza la legislativa. Es disuelta por un golpe de estado el 2 de Diciembre de 1854.

Napoleón pide á la nación francesa poderes para hacer una nueva Constitución, y apela al sufragio universal. La votación le es favorable, y la Constitución se publica. No paró todo en eso: el 2 de Diciembre de 1852, ocho millones de votos restablecen el imperio, y Luis Napoleón es proclamado emperador de los franceses con el nombre de Napoleón III. Napoleón consolida el orden aparente en Francia; se ocupa sin descanso en promover toda clase de adelantos; toma una parte principal en la guerra de Crimea ayudando á la Inglaterra; en la guerra de Italia ayudando al Piamonte contra el Austria; intervino con Inglaterra en los





asuntos de Siria á favor de los cristianos; hace la guerra con España en la China, é interviene en favor de Polonia, pero sin resultado; sacrifica á Maximiliano en Méjico; lucha desgraciadamente con Alemania; es derrotado en Sedan, y muere sin gloria en un rincón de Inglaterra.

No podemos ocultar que el juicio de Cantú en esta época, como en otras, no llena ni satisface la opinion de la verdadera ciencia católica, si bien debe hallar disculpa, más que en una mal entendida tolerancia, en la hipocresía del eclecticismo moderno, que ha sabido velar sus propósitos hasta época posterior á Cantú, lo cual en verdad, si no absuelve, disimula á lo ménos algún tanto la indecision de algunos conceptos, que deben estudiarse en este autor con meditada prudencia, aun cuando, como dejamos repetido, somos los primeros en aplaudir su ilustracion y talento.

¿La revolucion aceleró ó retardó la marcha del progreso? Difícil es responder mientras están luchando y se encuentran amenazadas las pasiones contemporáneas, y en vista de que, durante medio siglo, el movimiento, no sólo no ha llegado á su objeto, sino que ni aun ha sabido dirigirse á él.

Aún están presentes en la imaginacion aquellos memorables hechos, que llenaran de asombro á nuestros padres, cuando el impetu sin igual de una nacion acostumbrada á tomar por piloto la tormenta, derrocó todas las instituciones. Los gobiernos, sin tener presente que no eran las formas occidentales, sino su propia esencia lo que se trataba de cambiar, avezados á observar, no á los hombres sino á las cosas, procedieron con lentitud y sin armonía, apurando su ingenio en oponer el sistema de equilibrio á una política apasionada, que idólatra como la de la antigua Roma, adoraba al Estado primero como república, luego como libertad y últimamente como gloria militar. En tanto la revolucion, producto del choque de las anteriores generaciones, arrasa cuanto encuentra, abate á sus propios caudillos apenas se detienen á respirar, y derriba por último al hombre vigoroso que consiguió enfrenarla por unos momentos: hombre de las pasadas edades, para

quien la espada era todo, pero que conociendo sin embargo los deseos de la nueva generacion, conducia sus huestes á la matanza en nombre de la paz y de la libertad del comercio.

Y la paz precisamente y sólo la universal concordia, podrán coronar el triunfo de la civilizacion cristiana sobre la oriental, á cuyo objeto se encaminan todos los sucesos. La Europa se abre las regiones de Levante, no en calidad de pasajera como con los Argonautas, los sucesores de Alejandro ó los Cruzados, sino entrando como dominadora, así desde el istmo de Suez como desde el estrecho de Behring, desde los desfiladeros de Cabul, como desde el puerto de Canton. Napoleon abre las puertas del Egipto; en las costas de Africa ondea el estandarte tricolor y el inglés en la isla de Chusan; la Grecia enarbola la cruz enfrente de la corva cimitarra; la Valaquia y la Moldavia se hacen europeas; la Rusia estrecha á los musulmanes por la parte del Danubio, en el Asia Menor, y por Persia; pasa el Balcan y voluntariamente al llegar á Andrinópolis aplaza para otra ocasion el clavar sus garras en la presa codiciada. Así lo comprende la Turquía, la cual, habiendo perdido la conciencia de todas las formas políticas y religiosas, presenta los mismos síntomas que padeció la Europa al derrocarse el imperio romano; disuelve los genizaros, abre las puertas de los haremes, y busca un hilo de vida en las instituciones europeas, ya que no le es dado recurrir confiada á sus principios, que son la violencia y el fanatismo. Pero si alguna vez la raza árabe estuviera realmente próxima á despertar de su largo estupor, se convertiría en poderosa auxiliar de la civilizacion, como que fué la primera que reunió y puso en comunicacion al Oriente con el Occidente.

La Inglaterra va tambien extendiéndose cada vez más en la India, adonde envia mercancías, expediciones científicas y guerreros. La China se ve acosada al Sur por los ingleses y al Norte por los cosacos, vanguardia de la Rusia; explóranla y la combaten por el Océano las flotas británicas y americanas, y por la parte de Méjico y Filipinas los españoles, que al fin toman parte en el movimiento universal.



Los salvajes de América, van cediendo nuevos terrenos á los aborrecidos sembradores de semillas pequeñas. La civilizacion cristiana, resumiendo en sí misma todas las demás, se mezcla al fin en la India con aquella de la cual se derivan todas. No se trata ya en los gabinetes europeos sólo de Alejandría ó de Constantinopla, sino de Bombay, de Pekin y de Sandwich. Las carreteras allanan los montes; el vapor quita á los vientos el arbitrio de los mares para reunir los pueblos conquistados por la espada, educados por la religion, guiados por las leyes, iluminados por la inteligencia, y que aspiran, no ya á la unidad europea, sino á la del universo. Hermanados en esa época feliz los pueblos, dándose la mano las hasta ahora desacordes fuerzas de la razon, de la imaginacion y de la voluntad, los elementos de la raza oriental y occidental se combinarán en provecho comun, y los conocimientos de un pueblo serán los de todos ellos. La industria se asociará para sacar el mejor partido posible de cada país, y la sociedad se organizará de modo que los placeres de la vida y los bienes de la ciencia sean equitativamente repartidos; que el poder ejerza su accion de la manera más conforme con la voluntad de Dios, y que esté siempre acorde con la voluntad de los que obedecen; y entonces será cuando la ley de amor y de universal fraternidad llegue á su complemento.

¿Llegará alguna vez el humano linaje á tanta felicidad? A ella aspira por lo ménos, y todo hombre y toda generacion va depositando una piedra para el edificio.

La Iglesia, durante la época revolucionaria, pasa por amargos y tristísimos trances; pero asistida por el poderoso auxilio de lo alto, mientras los tronos, las dinastías y los imperios pasan, la Iglesia permanece incólume en medio de las embravecidas olas. Recorramos con Alzog esta triste época en breves consideraciones.

No se conocieron bien las consecuencias de la Reforma hasta que sus principios pasaron del dominio religioso á la esfera política. Una de sus consecuencias más manifiestas fué, sin contradiccion, la revolucion francesa, aplicacion rigurosa de las doctrinas de los primeros

reformadores. Estos, como Lutero, Francisco de Sickingen y Tomás Munzer, habian comenzado la revolucion religiosa atacando y alterando el orden político existente, y habian seguido su obra de destruccion por la supresion violenta de los conventos, la confiscacion de los bienes de la Iglesia y la secularizacion obrada en nombre de los príncipes. La destruccion de la autoridad eclesiástica por los reformadores, engendró la de la autoridad política. A la inmutabilidad de una religion divina, infalible, regla de la fe y de las costumbres, sucedió una inevitable fluctuacion en las ideas religiosas, de donde nació á su vez el deísmo inglés y la corrupcion general de las costumbres. Las ideas de libertad é igualdad de los jacobinos franceses no eran nuevas; las habian proclamado de una manera bastante positiva, y bajo todas las formas, los aldeanos revolucionados de Munzer; y los clubistas franceses, en su desprecio y en su odio á la monarquía, veian en Lutero un elocuente modelo de palabra y de accion. Los deístas y los filósofos materialistas, imitadores exagerados de los de Inglaterra, habian podido ir realizando impunemente su plan, ultrajar y zapar los principios de la religion y de la moral, favorecidos como se hallaban por el desarreglo de la corte y la irreligion de los ministros. No se quiso escuchar el grito de aficcion arrojado por el clero, que señalaba demasiado exactamente adónde se iba á parar. Pronto sucedieron á los escritos irreligiosos obras en que se arrastraba á la monarquía por el fango. Viendo Luis XV lo que pasaba, murió con el triste presentimiento de que con dificultad podria la corona de Francia sostenerse en las sienas de su nieto. Algunos años más tarde exclamaba el frívolo Maurepas, en medio de los alarmantes progresos del desorden y ante una ruina inminente: «Con tal que esto dure tanto como nosotros.» Una vez desencadenada de este modo las pasiones contra la Iglesia y la monarquía, claro es que los embarazos rentísticos y los impuestos onerosos que siguieron á la dilapidacion de los caudales públicos y al abandono de los intereses materiales del país, debian provocar la sublevacion del tercer estado contra las inmunidades de la





nobleza y del clero, ménos respetados que en otro tiempo, pero ricos todavía, y no contribuyendo aún á las cargas públicas más que con donativos voluntarios.

Las ideas de libertad traídas de América, y el entusiasmo que excitaba la emancipacion de este país, obtenida con las armas y el oro de la Francia, y celebrada á porfía por todos los oficiales jóvenes que volvían del Nuevo-Mundo, fueron como chispa que cae en un monton de materias inflamantes. Gracias al carácter impresionable y al genio novelero y ligero del pueblo francés, produjo en poco tiempo un vasto incendio. Parecía que todas cuantas medidas se iban tomando entonces no tenían más objeto que apresurar la crisis, como la convocacion de los Estados generales consentida por el rey; el edicto en virtud del cual, y despreciando el antiguo orden de cosas, debía doblarse el número de los diputados del tercer estado, y hasta el lugar escogido para la reunion de los Estados, cuya abertura se había señalado para el día 5 de Mayo de 1789 en Versalles, cuya proximidad á la capital, presa ya de una espantosa fermentacion, lo hacia uno de los puntos más peligrosos. En el discurso de apertura habló el rey de la inquietud pública, de la pasion por las innovaciones, de la general confusion y de la perturbacion de los ánimos, que era necesario calmar por medio de prontas y acertadas medidas. Apenas hubo terminado este discurso, cuando los diputados del tercer estado resolvieron invitar á la nobleza y al clero á reunirse con ellos para deliberar todos en comun. Muchas veces se había hecho así desde Felipe el Hermoso; pero los últimos Estados generales, en 1614, habían dejado esta costumbre y habían deliberado separadamente, conforme al deseo formal expresado por el tercer brazo en los celebrados en 1560. La resistencia que opusieron á aquella pretension los dos órdenes privilegiados, no hizo más que aumentar el empeño de los comunes. Por fin, el día 17 de Junio, despues de una borrascosa sesion que había durado hasta la noche, los dichos comunes se declararon la única Asamblea legítima y tomaron el nombre de Asamblea Nacional, y tomaron el nombre de Asamblea Nacional, posicion que el abate Sieyes, vicario general

de Chartres y autor del famoso escrito *¿Qué es el tercer estado?* hacia mucho tiempo que estaba reivindicando con audaz perseverancia. Sieyes, desechado por el clero, había sido elegido con gran trabajo diputado del tercer estado en un colegio de Paris. Nueve eclesiásticos, entre los cuales estaba el abate Gregoire, se reunieron desde luego á los comunes, y les siguieron despues otros ciento cuarenta y ocho individuos del clero, en cuyo número se hallaban los arzobispos de Viena y de Burdeos, los obispos de Chartres, de Coutances y de Rodez, y el obispo de Autun, Talleyrand, principal corifeo de aquel clero extraviado. Habiendo consentido al fin el rey en la reunion de las tres órdenes, el orgullo revolucionario de la clase media, ébrio con el resultado, no conoció ya limites, y pronto provocó con sus ejemplos las violencias del populacho amotinado. El día 14 de Julio 50.000 hombres tomaron por asalto la Bastilla y destruyeron aquella antigua fortaleza, levantada en el siglo XIV por el preboste de los mercados en interés del pueblo. No tardó la Asamblea nacional en desplegar su poder político: manifestó la intencion de despojar de sus bienes al clero, batido en brecha hacia mucho tiempo, calumniado y escarnecido de todas maneras y por todos los medios, en prosa y en verso, en la historia y en las novelas. A pesar de esto, manifestó el clero el más generoso celo en la tempestuosa sesion del 4 de Agosto para suscribir á las medidas necesarias al pago de los deudas del Estado, ofreció el impuesto sobre los bienes de la Iglesia, la renuncia de los diezmos que se debían al clero y el abandono de los tributos y de lo adventicio. Los jansenistas esperaban llegar por este medio á la espiritualizacion de la Iglesia. Cuando el día 10 de Agosto se discutió la ley relativa á estas cuestiones, el arzobispo de Paris, conocido diez años había por el padre de los pobres, pidió en nombre de todo el clero que, en compensacion de la renuncia del diezmo, al mismo tiempo que se asegurara de un modo conveniente la manutencion del culto y se propusieran para las iglesias sacerdotes adornados de virtudes y buen celo, se atendiera como antes á las necesidades de los pobres, y que para acudir á es-



tas necesidades se aplazara la supresion del diezmo para cuando el tesoro público estuviera en disposicion de reemplazar al clero en el cumplimiento de este deber. A tan discretas palabras se contestó nada más que con vagas promesas. De un solo golpe se suprimieron setenta millones de francos de renta anual, y las clases privilegiadas quedaron sujetas á los impuestos desde el día 1.º de Abril de 1789, siendo exceptuados solamente los curas y tenientes que no tenían más que lo estrictamente necesario (*portio congrua*). La asamblea trató inmediatamente despues la cuestion de la libertad religiosa, decidiendo por mayoría de votos (23 de Agosto) que en adelante no se inquietaria á nadie por sus opiniones, aun las religiosas, mientras no turbara, al propagarlas, el orden público establecido por las leyes.

Los apuros siempre crecientes exigieron pronto nuevos sacrificios. El noble arzobispo de Paris, apoyándose en ejemplos anteriores, propuso fundir todos los vasos sagrados que no fueran absolutamente indispensables para el ejercicio del culto, y consagrar su producto al alivio de las cargas públicas. Semejante proposicion embarazó al partido revolucionario, porque ante esta hidalga generosidad parecía, por decirlo así, criminal despojar al clero de todas sus posesiones. Sin embargo, este era el término á que se caminaba, con el objeto de colocar al clero en la completa dependencia de sus enemigos. El obispo de Autun supo tranquilizar perfectamente las conciencias timoratas y delicadas, desenvolviendo su famosa mocion del 10 de Octubre, reducida á que *era preciso declarar propiedad nacional todos los bienes del clero, confiscarlos y echar mano de ellos para extinguir la deuda pública*. Ni los consejos de Montesquieu, dictados por una discreta moderacion, ni las ardientes palabras de Maury, ni la reprobacion del mismo Sieyes, que exclamaba en la asamblea: «Queréis ser libres, y no sabéis ser justos;» nada, nada fué bastante á impedir aquella inicua y peligrosa operacion financiera. Un decreto de la Asamblea Nacional (2 de Noviembre) puso todos los bienes de la Iglesia á la disposicion de la nacion, prometiendo atender de una manera conveniente á

los gastos del culto, á la manutencion de los sacerdotes y á las necesidades de los pobres. Desde el 19 de Diciembre se pusieron en venta bienes del clero por valor de doscientos millones, y todos fueron declarados bienes nacionales.

La violencia que se iba desarrollando en las sesiones de la Asamblea, se manifestaba aún con más fuerza en el exterior. Los aullidos de la calle se hacían sentir en medio de las tumultuosas deliberaciones de los diputados. Para colmo de horrores, en los días 5 y 6 de Octubre, un populacho embriagado fué en busca del rey á Versalles y lo trajo á Paris, adonde le siguió desde luego la Asamblea. Desde entonces se hizo ya inevitable la revolucion; la retirada de cerca de trescientos diputados, la flor de la Asamblea, que para no participar de los crímenes que preveían se fueron de Paris, aceleró su desbordamiento. Los jacobinos y patriotas exaltados, que no tenían por qué encubrir su obra con el velo del misterio de que lo rodeaban los ateos y los iluminados de Alemania, pudieron desde aquel momento realizar sin miedo sus más atrevidos proyectos. El día 13 de Febrero de 1790, á propuesta de Creilhard, abolieron los conventos, prometiendo á los religiosos una escasa pensión, que más tarde fué reducida á las dos terceras partes y mal pagada. Viéronse á la sazón, como en el siglo XVI en tiempo de Lutero, bandadas de frailes precipitarse en el torbellino revolucionario, y muchos de ellos llegar á ser los más feroces terroristas (Fouché, Chabot). El 14 de Abril, á pesar de las protestas del abate Gregoire, se entregó á las autoridades seculares la administracion de los bienes de la Iglesia, encargándoles que pagaran los sueldos de todos los individuos del clero; los curas á razon de 1.200 francos, con el uso de una casa y un jardin. Pero antes de asegurar á los eclesiásticos la indemnizacion prometida, ó hasta las cosas de primera necesidad, se intentó constituir al clero (12 de Julio de 1792). Como se queria *descatolizar* á la Francia, no era bastante saquear á la Iglesia, era menester reformarla de cuajo. Decretóse que en lugar de las ciento veintiseis diócesis existentes no habría en adelante más que ochenta y tres.